otro consorte, y es amor eterno que no conoce segundo. La voz, pues, de la tórtola canta al amor: su voz es puro cántico de amor, y su cántico hace arder los corazones; una sola cosa resuena su voz, y canta siempre lo mismo y lo mismo repite, y jamás causa fastidio. Siempre canta lo mismo, porque lo mismo siempre ama. ¿Y quién será digno de escuchar la voz de la tórtola? .... Tú sola, Señora, hermosa entre las hijas de Jerusalén; tú sola escuchaste y tú sola entendiste la voz de este cantar, y por eso dijiste: «La voz es de mi Amado.» El te hablaba por dentro y tú por dentro le escuchabas: El te cantaba su amor y tú le respondías con el tuyo.»

VERSO 13.

La higuera produjo sus brevas:
las viñas en flor dieron su olor. Levántate,
amiga mía, hermosa mía, y ven.

San Bernardo dice que las viñas en flor fueron los patriarcas y profetas, que

aunque adoraron en espíritu á Cristo, que había de nacer y morir, pero no dieron entonces su olor, porque no lo vieron en carne; mas lo vieron después, cuando sucediéndose las generaciones, de ellos vino el Señor por el alumbramiento virginal de María. Tres Padres griegos entienden por las viñas en flor, los tres Reyes Magos, que fueron las primicias de los gentiles que vinieron á Belén y á la Madre de Dios, pidiéndole ver y adorar á su Hijo. En cuanto á la higuera que produce higos pequeñitos, pero muy dulces, es la misma Virgen María, que dió á luz al dulcísimo Jesús, y con El á todos los escogidos, pues son miembros de Cristo su cabeza. En cuanto á las palabras que dice el Señor á su Esposa: Levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven, las cuales repite varias veces en este libro divino, significan que Dios llama á su amada Madre, unas veces de la acción á la contemplación, y es cuando le dice que duerma ó manda que no la despierten; y otras veces la llama de la contemplación á la acción, como parece hacerlo aquí, que le manda le-

vantarse y seguirlo á gozar de la amenidad de los campos y á examinar el estado de las viñas. Y la llama amiga, porque nunca fué su enemiga por el pecado, pues careció aun del original; y la llama hermosa, por las gracias que le hace y que van aumentando su belleza. Y no solo, sino que añade el título de paloma, como veremos en el verso siguiente, que es continuación de los que acabamos de explicar.

VERSO 14.

Paloma mía en los agujeros de la peña,
en la concavidad de la cerca,
muéstrame tu rostro, suene tu voz
en mis oídos: porque tu voz es dulce
y tu faz agraciada.

Mucho agradan á las almas que quieren entregarse á Dios, las grutas que se encuentran entre las peñas de los montes, y allí vivían los discípulos de los profetas en el monte Carmelo, y después tan-

tos anacoretas y solitarios; y el alma que allí gime y llora los pecados del mundo, es la paloma que en las quiebras de las peñas hace oir al Señor la voz de su oración, y le deja ver la faz de una conciencia pura. La santísima Virgen, nuestra muy amada Madre, no habitó materialmente entre los montes ni entre las peñas, que no fué esa su vocación; pero sí fué la dulce y gemidora paloma que habitó en los agujeros de la piedra viva, que es Cristo enclavado en la cruz. Oigamos cuán píamente lo explican los santos doctores. Sea el primero San Gregorio Papa: «Por los agujeros de la piedra, dice, gustosos entendemos las llagas de los pies y manos de nuestro Señor Jesucristo pendiente en la cruz; y por la caverna de la cerca, la herida del costado abierto por la lanza. Y así, muy bien se dice que la paloma se halla en los agujeros de la piedra y en la abertura de la cerca, porque cuando con la memoria de la Pasión y de la cruz imita la paciencia del Señor y venera sus llagas, encuentra en ellas alimento y fortaleza.» Y San Bernardo dice: «Los agujeros de

la piedra son las llagas de Cristo, pues Cristo es la piedra .... en estas encuentra el gorrión su morada y su nido la tórtola donde poner sus polluelos: allí se esconde la paloma para defenderse, y allí, resguardada, mira intrépida revolotear al buitre infernal..... Muéstrase lo más secreto del corazón por la abertura del costado de Cristo; échanse de ver sus entrañas de misericordia, para que conozcamos claramente cuán suave y manso es el Señor.» Pero ¿quién más que la dulcísima Virgen María miró y conoció la suavidad del santísimo Corazón de Jesús su Hijo? ¿Quién más que esta paloma inmaculada, habitó y moró en las llagas del Cordero crucificado? Pues no sólo cuando le fueron abiertas en la cruz por los clavos de hierro estuvo en ellas, sino que desde la profecía del anciano Simeón, que le anunció el Calvario con todos sus horrores, María miraba aquellas divinas llagas, y sentía sus dolorosos ardores, y habitaba en ellas por su segura espectación, como después de subir el Señor al cielo, moraba en ellas por una indeleble memoria. Y como allí le pide por todos los pecadores, y el Señor gusta tanto de que se le recomienden, por eso le dice á su Esposa que haga resonar su voz en sus oídos, es decir, que eleve su oración por los méritos de Cristo paciente y que le deje ver su rostro, que teñido con la sangre del Crucificado, se le muestra lleno de gracia y hermosura. Y ahora, si el Señor desea oir la voz de su Madre, por parecerle tan dulce, ¿cómo no desearemos con ansia escucharla los mortales? ¡Oh y cuán dulce! ¡oh y cuán suave! ¡oh y cuán deliciosa ha de ser la voz de nuestra amadísima Madre, ahora que habita en los excelsos montes de la gloria! ¡Oh y cuándo oiremos esa voz virginal que alegra los cielos, regocija á los ángeles, estremece á los santos, y encanta al mismo Dios de los santos y de los ángeles!

El amor que nos tienes, ¡oh amantísima Reina! la protección que en la vida nos impartes y la asistencia que en la muerte nos concedes, nos hacen esperar que, aunque indignos, un día nos hagas oir tu voz y contemplar tu semblante allá en los cielos, porque tu voz es dul-

ce, Reina mía, y tu rostro, gracioso y apacible, madre de mi alma!

VERSO 15.

Cogednos las raposas pequeñas que asuelan las viñas, pues nuestra viña floreció.

En Palestina abundan mucho las raposas, que aquí llamamos zorras, y estos animales hacen mucho daño á las viñas, ya porque caban y las desenraizan, ya porque devoran las uvas y las disminuyen y empobrecen. Y las más pequñas entre ellas, hacen más daño, y como inexpertas pueden cogerse más fácilmente, porque más grandes son astutísimas y no se dejan prender. Estas raposas significan los primeros herejes que devastaron la Iglesia, como explica San Agustín con otros santos. En el alma, las raposas son las primeras sugestiones del enemigo, que empieza á tentar por cosas pequeñas, y con diabólica astucia intro-

duce lo malo bajo la apariencia de bien. Todo esto no habla para nada con nuestra santísima Madre; pero como nuestro Señor llamó á Herodes, *raposa*, así es que el primer Herodes que reinaba en el tiempo del nacimiento de Jesucristo, fué la astuta raposa que demolió y acabó con las viñas en flor de los niños inocentes, sin poder tocar á la preciosa viña del Niño Dios, á quien buscaba. He aquí cómo lo dice el Abad Ruperto: «¿No véis cuántos tiernos racimos ha mordido esta fiera raposa? (habla de Herodes); ¿cuántos tiernos infantes ha matado esta cruel bestia en Belén y sus alderredores? Coged á esta raposa, porque nuestra viña está aún en flor; aún no tiene racimos, aún no llega á la madurez, y por esto es más dañoso para la viña el despojarla de sus flores y demolerla. Dejad que crezca primero, y de la flor venga el fruto: que se haga el Evangelio y los milagros, por el Santo de los santos, y este será ya el fruto y el suavísimo racimo; y entonces podrá cortarse y atravesarse en la vara de la cruz, y entonces se conocerá su dulzura.» Hasta aquí el piadoso Abad.

María, pues, afligida al tener que marchar al Egipto por la persecución de Herodes, y después temiendo con su casto esposo volver, al reinar Arquelao, de la misma raza de Herodes, pedía al Señor que cogiese á esos astutos enemigos, para que no acabasen con la viña en flor del divino Niño, que algún día sería esprimido como racimo en el lagar de la cruz.

VERSO 16.

Mi Amado para mí y yo para él,
que apacienta entre los lirios.

La Bienaventurada Virgen dice aquí á Jesucristo: «Tú sólo eres para mí el Hijo únicamente amado, y yo soy para tí tu Madre y como tu padre, y te dignas apacentar los lirios de mi virginidad y la de mi esposo José, pues quisiste nacer en nuestro desposorio virginal.» Y nota San Anselmo, que el amor que el padre y la madre deben á su hijo, y el que debe éste á su padre y madre, Jesús lo debe á sola la Virgen María, pues de ella

sola nació, sin padre aquí en la tierra; y así excede este amor á todos los amores de los padres para con sus hijos, y de éstos para con sus padres; y por esto de un modo especialísimo, Jesús es para María, y María para Jesús; por lo cual puede decir nuestra Señora: «Mi Amado para mí, y yo para él, que apacienta entre los lirios.»

En la lengua santa se expresa, que apacienta á los lirios, es decir, que el Senor se agrada en las vírgenes y en las almas puras. Y la Virgen María, nuestra muy amada Madre, que es lirio entre las espinas, quiere que sus siervos y devotos, y principalmente sus Hijos, se truequen, de punzantes espinas, en blancos y hermosos lirios, entre los cuales Jesús se consuele y se recree. Por eso anunciaba David que serían presentadas al Rey, vírgenes en pos de la Reina, y que esta presentación había de ser en el templo, y que sería con grande gozo y regocijo. Y no sólo las religiosas en los claustros se presentan así á Jesucristo, siendo los monasterios verdaderos jardines de lirios y azucenas, entre las cua-

les apacienta el Esposo; sino también la dulce Asociación de las Hijas de María Inmaculada, aunque no jardín cerrado, es un campo más vasto, pero sembrado también de millares de lirios que crecen al derredor de la mística Azucena, y que tanto más recrean al Señor con su blancura, cuanto que descuellan entre los cardos y abrojos del mundo que las rodea.

¡Sed, pues, muy puras, felices doncellas que vivís en medio del siglo; que el Señor, como á muchas de vosotras, os llevará del campo escabroso é inmundo, al jardín cerrado del claustro, donde vuestro aroma, mejor guardado, se hará más intenso y más puro! Mas ¿hasta cuándo apacentará el Esposo entre los lirios? Oigámoslo.

VERSO 17.

Hasta que sople el día y declinen las sombras. Vuélvete; sé semejante, Amado mío, á la corza y al enodio de los ciervos sobre los montes de Bether.

Las primeras palabras son continuación del verso anterior: el Esposo apacienta entre los lirios hasta que sople el día y se inclinen las sombras. Se dice soplar el día, porque á la salida del sol, disolviéndose los vapores de la noche, suele soplar el aura, que es un vientecito suave. El inclinarse las sombras, es ir creciendo conforme el sol va descendiendo, hasta que, desapareciendo el sol, se desvanecen. De aquí es que al decirse en este verso: hasta que sople el día y se inclinen las sombras, es lo mismo que decir: desde la mañana hasta la noche, porque todo el día de nuestra vida el Señor apacienta entre los lirios deleitándose en las almas castas. San Gregorio y San Bernardo entienden las sombras del tiempo presente en que reinan las som-

bras de la fe, y el día, el amanecer de la gloria que empieza el día de la eternidad: «Allí será el verdadero día, dice el gran Papa, porque aquí entre las nieblas miramos la verdad; más allá el Dios, que es toda verdad, alumbrará nuestras inteligencias.» Ciertamente el Señor apacentó entre los lirios purísimos del cuerpo y alma de la Virgen María, durante su vida y en su glorioso tránsito, y en el día de la gloria se deleita con ellos.

Mas ¿por qué se le dice vuélvete?

Porque el Esposo á veces se retira del alma para probarla y multiplicar sus méritos, y el alma entonces le suplica que vuelva á ella, y que no dilate su venida, sino que se apresure como la corza y el cervatillo que saltan las peñas y corren con tanta rapidez. Y nombra los montes de Bether ó Betel, donde Jacob vió en sueños aquella escala misteriosa, celebrada figura de la santísima Virgen, pues Betel significa casa de Dios, y María es la Casa de oro donde empezó á habitar el Verbo hecho carne. Ella, pues, llamaba á su divino Hijo diciéndole que volviese á esta su casa, ya cuando le perdió

en Jerusalén, ya cuando le vió morir en el Calvario. Véase como la hace hablar el Abad Ruperto, dirigiéndose á su Amado: «Pronto, vuélvete dilectísimo; no quieras tardarte, que mi alma ardientemente te desea. Breve es el tiempo de tres días; pero á tu amada y paloma que por tí suspira, á la que herida en el alma por tí gime, largo él aun le parece. Abrevia, pues, este tiempo, Señor mío; aseméjate en tu vuelta á la corza y al enodio de los ciervos, siendo velocísimo en tu carrera; no gastes en el sepulcro los tres días enteros, pues basta para cumplir las Escrituras, que pases allí parte del primer día y un poco del tercero. Bastan, Señor, treinta y tres horas en nombre de la Beatísima Trinidad, á la que convenía aplacar en tí y por tí y de tí mismo, Amado mío, carne mía y sangre mía, Dios y Señor mío; mas que esto sea de prisa y velozmente, como la corza y el cervatillo en las montañas en Bether, que es la casa de Dios. Resucita y aparece á los príncipes de tu casa, que son los Apóstoles, y á mí, Madre tuya que tan vivamente te desea.»

Voz de la Madre á las Hijas de María Inmaculada.

Aquí debéis aprender, amadas hijas mías, á amar la santa oración y á dedicaros mucho á ella: Allí se os mostrará mi Jesús como Flor de las almas humildes y lirio de las almas castas, y os hará blancas azucenas entre las espinas del mundo en que vivís; allí os dará fresca sombra que os refrigere del ardor de las pasiones, y dulce nutrimento que os conforte. Si le sois fieles y constantes, levantará en vosotras la bandera de su amor: os meterá al gabinete de sus secretos y á la bodega de sus vinos; os rodeará de las flores de las virtudes y de los frutos de las obras de misericordia; os sostendrá con su siniestra en las tribulaciones, y os abrazará en consolaciones con su derecha. Allí mandará á sus ángeles que os cuiden para que las criaturas no interrumpan la quietud de vuestro sueño. Saltando desde el cielo y pasando los montes de los ángeles y los collados de los santos, vendrá en un instante á la sagrada Eucaristía, á miraros dulcemente tras de la pared de las sacramentales especies; y arrojando el invierno y las tempestades de vuestra alma, hará reinar en ella una dichosa primavera; podaréis vuestras pasiones; brotarán de vuestro corazón suaves afectos, como botones de flores; gemiréis como tórtolas la ausencia del Esposo; daréis el dulce fruto del celo, y como viñas en flor exhalaréis el aroma del buen ejemplo. En las llagas de mi Hijo crucificado, dulcemente por él llamadas, moraréis como místicas palomas, y le haréis oir vuestra voz, que allí le es muy suave, y le mostraréis vuestro corazón, que teñido en su sangre, lo mira muy hermoso. Procuraréis evitar las faltas pequeñas, raposas que tanto dañan á vuestra alma. El Amado apacentará entre vosotras como entre blancos y frescos lirios: El será todo vuestro, y vosotras seréis todas suyas, hasta que acaben las sombras de esta vida y venga el día de la gloria, y en la casa de Dios le miréis y le gocéis sin fin. Sí, queridas hijas; amad á mi Jesús, visitadle y recibidle en su Sacramento de

amor; acompañadle conmigo al pie de la cruz; morad en sus abiertas llagas, donde el milano infernal no llegará á perseguiros. Amadme á mí, que soy vuestra, Madre, y algún día oiréis mi dulce voz, que tantas veces habéis deseado escuchar. Al recogeros por la noche, haced sobre vosotras la señal de la cruz, diciendo estas palabras de mi Oficio: «*Nos cum prole pia, benedicat Virgo María. Amén.*»

A mí y la familia mía
Bendice, oh Virgen María! Amén.

(Las Hijas): Sí, Madre, bendecidnos; bendecidnos desde el cielo, y seremos dóciles á vuestra voz, y nos dedicaremos á la santa oración, y á la sombra de Jesús sacramentado nos sentaremos, y comeremos su dulcísimo fruto. Y perseveraremos fieles hasta la muerte con tu auxilio.

CAPITULO III

La busca sin hallazgo.—Los guardas.—El sueño respetado.—Sube por el desierto.—El lecho del Rey.—Su litera.—Salomón coronado.—Cinco diademas.—Voz de María.

VERSO I.

En mi lecho por las noches busqué al que ama mi alma: busquéle y no le encontré.

VERSO 2.

Me levantaré y rodearé la ciudad por las calles y las plazas; buscaré al que ama mi alma: busquéle y no le encontré.

Muchas veces prueba Dios á las almas que le aman con una ausencia penosísi-